

**LUIS CAMARERO (coord.), M.<sup>a</sup> L. CASTELLANOS, J. R. DÍAZ, I. GARCÍA, J. C. LLANO, J. OLIVA, R. SANPEDRO (2005).** *Emprendedoras rurales: de trabajadores invisibles a sujetos pendientes*. Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente – UNED, 225 pp.

**LUIS CAMARERO (coord.), M.<sup>a</sup> L. CASTELLANOS, I. GARCÍA y R. SAMPEDRO (2006).** *El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España*. Madrid, Instituto de la Mujer, 190 pp.

Los estudios sobre las mujeres en España han tenido un gran desarrollo en los últimos lustros, tanto en sus aspectos teóricos como en los empíricos. Sin embargo, es bien conocido que la situación no era así hace apenas veinte años, cuando se trataba de un ámbito de investigación francamente minoritario y periférico, alejado de las preocupaciones mayoritarias y centrales de la Sociología. Por su parte, la Sociología Rural, desde postulados agrocentricos, se empleaba en estudiar el campo en el contexto de la modernización, atendiendo, por un lado, a las pervivencias sociales del pasado y, por otro, a la capacidad de arrancar los asentamientos rurales dentro de una visión funcional del campo como generador de riqueza agraria.

Así que atacar abordar el tema de la mujer en el contexto rural, como se hizo hace más de dos décadas desde el seminario de Estudios Rurales fundado por José Vicente Mazariegos, presentaba un gran esfuerzo contracorriente, cuyos frutos van viéndose con el tiempo. De aquellos estudios seminales, cuyo producto más sobresaliente es *El círculo quebrado* (de «iniciático» se llega a calificar este trabajo por alguno de sus autores), parten hoy no pocas contribuciones al estudio de la mujer rural. Entre ellas, las de aquellos investigadores que abrieron brecha y que a lo largo de estos años han contribuido a presentar una sociedad rural «exagraria y postindustrial», envuelta en

las tensiones del «capitalismo desorganizado», las «economías de símbolos» y el «consumo de lugares», en expresiones más o menos felices de J. Urry.

Por lo tanto, lo primero es reconocer la trayectoria investigadora del coordinador y los equipos, que han perseverado en aquellas inquietudes iniciales construyendo un itinerario de investigación integrado, que permite la profundización en algunos aspectos, la revisión y evaluación de tesis ya expuestas y la presentación de nuevas evidencias empíricas sobre los temas. Cabe subrayar este aspecto porque, lejos de decirnos siempre lo mismo, leer los trabajos de Camarero, Oliva, Sampedro y otros es precisamente encontrarse siempre con nuevos argumentos y desarrollos concretos dentro de un marco global de investigación.

Es el caso de los dos textos revisados que, conteniendo peculiaridades, se refieren a ese itinerario de investigación integrado sobre mujeres y ruralidad. A principios de los años 1990, el análisis del éxodo rural llevó a preguntarse por el *sujeto ausente*, por las hijas de las familias agrarias que buscaban la ruptura con el orden familiar y la vinculación agraria a través de los estudios y la salarización. A mediados de estos 2000, se torna la mirada a quienes presenciaron el desfile y quedaron en un medio rural en transformación. Si, como explican los autores, «*El círculo quebrado* (...) reflejaba el cambio sustantivo que se daba en la

ruralidad española que abandonaba el éxodo rural, su pasado agrario, y salía de su cascarón de mundo rural, separado y olvidado, (...) hoy, el título es *el sujeto pendiente*, la generación de las hijas que no se fueron, ahora convertidas en madres» (ER, 9-10).

*Emprendedoras rurales* (ER, 2005) y *El trabajo desvelado* (ETD, 2006) —referidos aquí por sus siglas— constituyen dos trabajos empíricos sobre la realidad de las mujeres rurales y su integración sociolaboral en un medio en proceso de reconfiguración social. El primero, presenta a las emprendedoras rurales como una categoría que emerge a diverso ritmo y con diferentes formas a partir de la realidad sociolaboral de las mujeres rurales, de modo que no se analiza la categoría oficial de emprendedora (aquella que ha conseguido establecer un negocio propio con *cif* y/o asalariados a su cargo) sino que se trata de establecer itinerarios, fruto, por una parte, de las condiciones y recursos personales y, sobre todo, sociales, de las mujeres rurales, y, por otra, de las carencias y obstáculos que se les plantean, en un mundo dominado por la ambivalencia entre las ataduras familiares y las del mercado. Para ello, en primer lugar, se ofrece un planteamiento teórico del problema, seguido del desarrollo institucional de las políticas de igualdad y desarrollo rural, confluyentes en la categoría institucional de las «empreendedoras». La investigación ofrece a continuación un cuadro general, apoyado en datos cuantitativos, en el que se analiza la realidad sociodemográfica del mundo rural (envejecimiento y masculinización), las formas de inserción laboral (mediante la explotación de la Encuesta de Calidad de Vida en el Trabajo, entre otras fuentes) y la invisibilidad del trabajo femenino en el contexto de la economía sumergida, incluyendo una estimación del trabajo invisible de las mujeres.

Una segunda parte de la investigación desgrana concienzudamente un extenso material cualitativo (tres grupos de discusión para las autónomas y empresarias, diez entrevistas a otras trabajadoras rurales y cinco entrevistas a expertas). El análisis muestra la vigorosa tensión entre familia y mercado en relación con las posiciones laborales de las mujeres, y el complejo y fascinante trasvase entre posiciones regulares e irregulares en el mercado de trabajo a través de artificios como el «cursillismo» o la «falsa nómina». De hecho, el análisis del papel de la formación de las emprendedoras ofrece resultados ambivalentes: aunque hay conciencia de su necesidad, también plantea trabas (burocráticas, de satisfacción con la demanda local, etc.), que dificultan una valoración adecuada de la misma. Del mismo modo, los discursos en torno a las oportunidades o posibilidades que la iniciativa económica tiene para las mujeres, muestran cierta tensión entre las oportunidades que permite la actividad informal para la pluriactividad y la diversificación de la actividad y la seguridad que proporcionan las situaciones de integración formal en el mercado de trabajo. Un análisis más detallado de los elementos que configuran socialmente el carácter emprendedor, nos permite vislumbrar nuevamente las principales dimensiones del escenario sociolaboral, particularmente de la centralidad de lo doméstico. Por una parte, permanece una devaluación del trabajo femenino, que bascula entre la *ayuda familiar* y la *doble jornada*, según se realicen trabajos productivos dentro o fuera del hogar respectivamente. Paralelamente, el trabajo doméstico, aunque mitigado por un nivel de exigencia menor, sigue poniendo en el centro de la identidad femenina a la maternidad. En este contexto, el «espíritu emprendedor» de las mujeres se establece en relación con la imagen de su autonomía y la vocación profesional, se sitúe ésta en el trabajo fuera del hogar o

en el ámbito doméstico (como fruto del desencanto ante las penurias de la doble jornada). Las trayectorias de estas mujeres insertas en estructuras sociales muestran que muchas de las emprendedoras se sitúan dentro de los negocios familiares o como titulares de negocios alojados en el interior de la actividad familiar.

Por su parte, en *El trabajo desvelado* se presenta un trabajo analítico, centrado en fuentes cuantitativas, que trata de arrojar luz sobre el trabajo femenino en el ámbito rural. La investigación sobre este sujeto pendiente, requiere, en primer lugar, un replanteamiento de las fuentes y, particularmente, de las estadísticas sobre la ocupación femenina. Este cuestionamiento, sobre el que Camarero y Oliva adelantaron algo en un artículo publicado en esta revista («Las trabajadoras invisibles de las áreas rurales: un ejercicio estadístico de estimación», en *Empiria*, 7, 2004) y, también, en *ER*, es el objeto de buena parte de *ETD*. En este caso, mediante la puesta en práctica de un cuestionario conversacional, se trataba de hacer emerger todas aquellas situaciones de ocupación que los métodos estándar, como el Censo y la EPA, no conseguían captar. El resultado de esta indagación es bien claro: la actividad realizada por las mujeres rurales es un 85% mayor que la registrada en estadísticas oficiales. La cuestión que emerge, al margen de la crítica obvia a los sistemas de medición de la ocupación en ciertos contextos, es ¿a qué se dedican las mujeres rurales?

La definición del campo de posiciones laborales que obtenemos en el estudio sobre las emprendedoras aclara bastante, tanto acerca del porqué las estadísticas oficiales son incapaces de captar el trabajo femenino como sobre a qué se dedican las mujeres. Por una parte, existe un eje de reconocimiento institucional de la ocupación, de modo que buena parte del trabajo es informal y, por tanto, no registrado, «invisible», incluso para las pro-

pias mujeres, «que han interiorizado la desconsideración social hacia su trabajo» (*ER*, 126). Por otra parte, se conforma un eje en torno a los modos de integración laboral, que se sitúan entre la integración familiar, a través de la explotación, los negocios familiares y las ayudas familiares, y la integración a través del mercado. El resultado es la menor imputación de actividad en aquellas áreas donde el trabajo es informal/precario y/o se ejerce en el ámbito familiar. Incluso, con los datos de la encuesta, se demuestra que la ocupación es menor cuando nos atenemos a ocupación declarada por las mujeres que cuando utilizamos un método inductivo (que indaga sobre la actividad real), lo que muestra claramente la minusvaloración de su actividad por parte de las propias mujeres. Además, la diferencia entre actividad declarada y real se agranda en el momento de la crianza —punto neurálgico de la identidad femenina, recordamos. *ETD* dedica un capítulo a medir la influencia del matrimonio y los hijos en la actividad femenina, concluyendo que aún habiéndola, marca trayectorias laborales discontinuas, pero no las cierra, en función de la movilidad. El resultado, sorprendente, es que la actividad femenina en entornos rurales, en términos cuantitativos, no difiere demasiado de la masculina. La diferencia estriba, indudablemente, en los sectores de actividad y en la calidad del trabajo, que también se analizan. En cuanto a los sectores, además de corroborar el carácter no agrario de la gran mayoría, se apuntan como mayoritarios los servicios domésticos ofrecidos en el mercado, las actividades de venta y atención al público, los trabajos administrativos y los profesionales o directivos. La precariedad, medida a través de las cotizaciones y la jornada laboral, muestra una clara relación con algunas vicisitudes vitales como la edad de crianza y la movilidad.

Los vectores señalados —grado de institucionalización y orientación doméstica

o de mercado— aparecen tanto en el análisis del discurso de entrevistas y grupos de discusión como en el análisis cuantitativo efectuado en *ETD*. En este caso, se realiza un análisis multivariable que establece un mapa sociolaboral que pondera la estabilidad del trabajo y la forma de integración clásica (quizás podría decirse «tradicional») o moderna. El mapa trazado permite construir una tipología compuesta por cinco categorías que ofrecen un cuadro complejo y plural de la realidad. Así pues, la *vinculación familiar* expresa el mundo rural en decadencia, vinculado a las actividades agrarias, edades altas y bajos niveles educativos. De carácter parecido pero claramente diferenciado, la *integración clásica* agrupa a mujeres más autónomas e independientes, algo más jóvenes y con trabajos locales. Las mujeres vinculadas a la *integración moderna* tienen trabajos extralocales, a menudo urbanos y buena formación. El tipo *juvenil en inserción*, el más joven y con buena formación, muestra una inserción laboral dual, entre los trabajos profesionales en malas condiciones y las actividades de extensión doméstica. Finalmente, las *invisibles* son aquellas que, realizando actividades para el mercado, no se declaran trabajadoras. Se trata de personas con baja cualificación, trabajo muy precario y local.

La diversidad de tipos subraya la consideración de las trayectorias vitales de las mujeres imbricadas en las estructuras sociales. De modo que en ninguno de los estudios encontramos la utilización de un singular genérico, «la mujer emprendedora» o «la mujer rural». Por el contrario, se observa un esfuerzo por crear relatos de las trayectorias vitales, tanto en *ER* como, de un modo muy sintético y claro, en *ETD*, donde se imbrica la trayectoria laboral con la vital mediante tres hitos (la inserción, la conciliación y la vuelta al mundo laboral) y un pivote (la movilidad), alrededor del que se estre-

chan o ensanchan los campos de acción, las oportunidades. Sin embargo, la conciliación laboral y la movilidad, utilizadas como elementos clave que explican las formas de integración sociolaboral de las mujeres rurales, son tratadas empíricamente en estos estudios de manera algo modesta (por ejemplo, al vincular el fin de los mercados laborales extralocales a la crianza de los hijos), lo que, esperamos, no hace sino anunciar nuevos desarrollos de esta fecunda línea de investigación.

Un aspecto muy destacable de ambas investigaciones es la pulcritud metodológica. En *ER* se dedica espacio a explicar el dispositivo cualitativo, remitiendo al anexo la descripción de la muestra y el trabajo de campo, donde quizás podían haberse incluido los guiones. La diversidad de fuentes estadísticas es también reseñable en ambos trabajos. Mayor cuidado encontramos, si cabe, en la operación de encuesta y en el análisis estadístico de los datos de *ETD*. Por una parte, el diseño del cuestionario se cuidó especialmente para conseguir captar la actividad femenina, consiguiendo huir del refugio en categorías de actividades domésticas que enmascararan la realidad de un trabajo productivo en el ámbito familiar o de trabajos fuera del hogar que, por su informalidad, pudieran ser no declarados. Incluso la calificación de la actividad se realizó mediante pregunta abierta con codificación posterior. Por otra parte, es destacable el esfuerzo por comparar eficazmente un *dauid* de 1.000 entrevistas telefónicas con un *goliath* estadístico, llámese Censo, llámese EPA. La honda metodológica que permite la comparación precisa la encontramos en un ejemplar anexo dedicado al comentario, discusión y propuesta de equilibrio de la muestra. Este detalle de los procedimientos resulta especialmente relevante para el caso de una investigación que puede siempre ser criticada por haber construido un instru-

mento *ad hoc*, con los problemas de validez que conlleva. Tampoco se ahorran las justificaciones en la utilización del artificio metodológico de la *generación ficticia* (particularmente en *ETD*). Más allá de la pertinencia de atribuir a generaciones venideras las estructuras presentes, el hecho de presentar el problema denota un trabajo de investigación responsable de sus propias limitaciones, algo que no puede dejar de agradecerse.

Los trabajos reseñados responden a un esfuerzo genuinamente sociológico de indagación empírica de la realidad y de in-

corporación de un conocimiento experto sobre el funcionamiento de la sociedad, normalmente alejado de las explicaciones de sentido común. Por eso, como se apunta al final de *ETD* para orientar planteamientos parecidos en el tratamiento general de las trayectorias sociolaborales, «los estudios de género [como éste] no sólo hablan del mundo de las mujeres sino que son un instrumento básico para entender y poder explorar las tendencias del cambio social» (*ETD*, 145).

Julio A. del Pino Artacho